

MARIONETAS JAPONESAS

Carlos Scavino*

El **manipulador principal** vestido de gris oscuro a la usanza del siglo XVIII se prepara para comenzar una función de **bunraku o yoruri (joruri)**, el teatro tradicional japonés de marionetas. Está frente al público, detrás de su muñeco de madera que supera en poco el metro de altura. Lo sujeta con el brazo izquierdo y le introduce la mano derecha en la espalda desde donde controlará los complejos sistemas de hilos que moverán la cabeza, ojos, párpados, labios, y la mano derecha con sus dedos.

Junto a él hay dos **ayudantes**, casi invisibles por el vestido y capucha negros, que manejarán la mano izquierda más los dedos y los pies de *Tocubei*, protagonista de “*Los suicidas de amor de Sonezaki*”. Se trata de un drama social escrito en el siglo XVIII por uno de los dramaturgos japoneses más importantes, **Chikamatsu Monzaemon** (1653-1725), renovador del arte de las marionetas y autor de obras teatrales de gran calidad literaria, conocido como el Shakespeare japonés.

También se prepara el otro **manipulador** para la protagonista femenina, *Ohatsu*, carente de piernas, pies y tronco, innecesarios por estar ocultos tras el **kimono** del que se encargarán los asistentes. Luego ocupan su lugar el músico con **susamisén** (un laúd de tres cuerdas), el **cantante-narrador** y demás colaboradores.

Se ha iniciado el espectáculo. Las marionetas parecen seres humanos, se mueven y hablan como tales. En la concepción del **yoruri**, según Chikamatsu “*las palabras deben ser vitales y llenas de acción... el autor debe darle a los muñecos inanimados de madera, una variedad de emociones e intentar así atraer el interés del público...*”.

Recordaba haber leído en su juventud “**Cuentos de Genji**”, crónica de una aristocracia decadente, escrita en los primeros años del siglo XI, donde le llamó la atención este pasaje en el que, con una simple frase, el pino adquiere vida:

“A un lado del camino vio (Genji) un pequeño naranjo casi enterrado en nieve. Ordenó a uno de sus asistentes que se la quitara. Sintiendo celoso de la atención que el hombre prestaba a su vecino, un pino cercano sacudió sus cargadas ramas, vertiendo grandes bolas de nieve sobre las mangas del asistente”.

Comenta nuestro autor de ese pasaje:

*“De este modelo aprendí a darle vida a mi **yoruri**... dice **Chikamatsu**... Tanto los pasajes descriptivos como la narración y el diálogo, deben estar cargados de sentimientos que son la base de lo que se escribe”.*

Aunque los muñecos tienen gran movilidad, sus acciones son limitadas. El **manipulador principal** hace que el personaje se exprese de acuerdo con la sensibilidad japonesa. Un giro de la cabeza, un movimiento de ojo, una subida de párpados, un ademán particular con la mano, tienen un significado simbólico dentro del ritual comunicativo nipón, diferente del occidental. En el contexto dramático, la similitud con lo humano convierte en creíble lo que el muñeco hace y dice como reflejo de sus emociones.

Al introducir una dramaturgia más elaborada, **Chikamatsu** le hizo ceder terreno al **cantante**, verdadero factótum del espectáculo desde su concepción hasta la puesta en escena ya que, como la mayoría de las artes escénicas de Japón, el **yoruri** tuvo su origen en la tradición oral.

Originarios de Asia Central, los títeres llegaron a Japón en el siglo XII a través de China. El nombre de **bunraku** surge a partir del siglo XIX y hace honor a Uemura Bunrakuken, un maestro titiritero famoso en torno a 1871. Hasta entonces, aunque incluso ahora, también se conoce como **yoruri**, en referencia directa a la Princesa Yoruri, una de las primeras protagonistas de las **baladas románticas** que se cantaban en el siglo XV con acompañamiento de **biwa**, laúd japonés de cuatro cuerdas. Se trataba de relatos épicos y otras leyendas budistas, con argumentos a base de milagros y fantasía.

En tiempos de Chikamatsu, la puesta en escena de las obras de **bunraku** (que por lo general no son muy largas), dio la posibilidad de desarrollar avanzados conceptos plásticos y estéticos. Al impulso de las nuevas obras, se crearon complejas escenografías, aparecieron el escenario giratorio y los elevadores.

La combinación de música, danza y drama que conforman el **bunraku** pone de manifiesto una **forma de representación** que no sólo es apreciada por la belleza implícita en ella, sino también por su valor ceremonial. La calidad expresiva que exhibe, sumada a la técnica del titiritero, ha elevado a la categoría de **arte** esta disciplina que perfectamente podría llamarse **drama musical**.

**Uruguayo, nacido en 1939. Artista plástico, traductor, hombre de teatro, crítico cultural y autor de relatos breves.*